

La revolución de los cuidados

El 8 de marzo y la «cuidadanía»

Suplemento del Cuaderno n. 213 de CJ - (n. 247) - Marzo 2019
Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona - 93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net

Ajustar el ritmo...

Empiezo mi reflexión con un relato, porque creo que los relatos como las imágenes con frecuencia ejemplifican mejor la realidad que cualquier discurso. Aconteció durante una manifestación de apoyo a las personas refugiadas convocada bajo el lema «Queremos acoger ¡ya!». Un hecho imperceptible, que no recogió ninguna cámara ni ningún periodista, pero sumamente elocuente para el tema que tratamos aquí. La manifestación estaba dividida en dos partes. La primera iba encabezada por las grandes ONGs, sindicatos, algunas personalidades políticas y un pequeño número de personas migrantes. La segunda, por otro tipo de colectivos, menos institucionalizados, a la cabeza de ellos iban los *manteros* y *lateros* con una pancarta denunciando las agresiones de la policía municipal: «Sobrevivir no pue-

de ser un delito». Entre la primera y la segunda parte de la manifestación algunas personas hacían de puente entre ambas. Entre ellas una mujer activista con su hijo, un niño muy inquieto de un año, que combinaba sus carreras en la marcha desafiando al cinturón de seguridad de la policía con sus juegos y el reclamo de los brazos de su madre. En uno de esos reclamos la mujer le cogió en brazos y el chico empezó a buscarle el pecho sin encontrarlo, por lo que empezó a llorar con fuerza.

Entre el nerviosismo de la manifestación y el intento de la mujer de no perder el ritmo de la marcha ni bloquear a los que venían detrás, madre e hijo no encontraban la postura adecuada para el amamantamiento y el niño lloraba cada vez con más fuerza. Por fin la mujer se paró y eso alteró el ritmo del grupo de *manteros*, produciéndose un cierto caos

entre quienes llevaban la pancarta, hasta que Babu, uno de ellos grito al resto: «Hay que pararse ¿no veis que este niño tiene hambre y que su madre no puede darle de comer?». Los manteros se pararon y la mujer y el pequeño por fin pudieron coordinar bien sus movimientos. El niño se agarró bien al pecho, dejó de llorar y la marcha siguió nuevamente su ritmo. Este gesto del grupo de manteros y lateros de ajustar su ritmo y parar durante unos minutos la marcha por darle prioridad a la necesidad de cuidados de esta mujer y su hijo me parece sumamente gráfico y creo que puede ser una buena metáfora del reclamo que tantas mujeres y hombres hacemos de que el cuidado y la sostenibilidad de la vida ocupe, el centro de la cultura, la teología, la economía, la política, etc, en lugar del capital o los mercados o la defensa de *statu quo*.

La «cuarta ola del feminismo»

En el contexto de este 8 de marzo y la segunda huelga general de mujeres convocada en todo el Estado, estamos siendo contemporáneos y contemporáneas de la «cuarta ola del feminismo»,¹ caracterizada por la deconstrucción del sujeto mujeres, la diversidad y la interseccionalidad; esto es, por una fuerte conciencia de que la opresión que sufre más de la mitad de la humanidad está atravesada por desigualdades y precariedades que sitúan a las mujeres en lugares muy diversos frente al patriarcado, el trabajo asalariado, los cuidados, el consumo, el ejercicio de los derechos, la formación..., por las diferencias de raza, clase, lugar de procedencia, edad y orientación sexual. Los nuevos feminismos y, entre ellos, las teologías feministas, constituyen un gri-

to global, transfronterizo y transcultural que planta cara al orden patriarcal, racista, capitalista, colonizador y depredador que violenta los cuerpos de las mujeres y el de la tierra con feminicidios y con el expolio de los recursos del planeta.

Los nuevos feminismos forman parte de un proceso de transformación radical de las sociedades, de las culturas, de la economía, de las relaciones, etc. Proponen, en definitiva, otra forma de ver, entender y estar en el mundo, más allá de las impuestas por el poder hegemónico: un nuevo «sentido común» en el que en nombre de las diferencias (de clase, de raza, de género...) no se legitime la desigualdad, el empobrecimiento ni ninguna forma de violencia contra las mujeres. Reclaman una economía cuyo centro sea el cuidado y no el capital. Desde esta perspectiva, la reivindicación que hacen de la reorganización social del cuidado no constituye la vuelta a ningún tipo de esencialismo, sino que plantea la urgencia del sostenimiento de la vida más allá de los mandatos de género y de la división sexual del trabajo. «El cuidado» como valor y «los cuidados» como aquellas acciones que permiten, por un lado, que la vida se sostenga y, por otro, la reproducción social exigen la superación de una comprensión de las mujeres «como cuidadoras por naturaleza y renombrar la naturaleza masculina desde el cuidado».²

El cuidado como la esencia de lo humano

La mitología clásica narra que en la formación del ser humano interactuaron dos dioses primordiales: la tierra (Gea), que le dio cuerpo y belleza, y el cielo (Urano), que le otorgó vida y energía. Sin

embargo, para que el ser humano pudiese vivir como tal y mantener unido en sí mismo el cielo y la tierra —es decir, espíritu y trascendencia, materialidad e inmanencia—, debería ser acompañado por el cuidado durante todo el tiempo de su vida. El cuidado es, por tanto, la esencia de lo humano. Sin cuidado no hay vida. Sin embargo, las culturas y sociedades occidentales presentan un gran déficit de cuidados. El capitalismo, con su racionalidad instrumental, su antropología individualista y autosuficiente, su modelo de desarrollo competitivo, depredador y excluyente, violenta las relaciones entre las personas y, con la naturaleza, impone un modo de ser y estar en el mundo que bien puede denominarse «la dictadura del modo de ser trabajo».³ Este modo se opone radicalmente a otra forma de estar en el mundo que es el «modo de ser cuidado». En el primero, la vida se mide según criterios cuantitativos de eficacia y eficiencia, y los espacios y tiempos se organizan a merced de los intereses de la productividad y el crecimiento económico. Su lógica es la instrumentalización de la naturaleza, el expolio de la casa común, la negación de la vulnerabilidad del ser humano y las relaciones de interdependencia. En consecuencia, sus efectos no son solo la injusticia social, la inequidad de género y la crisis de sostenibilidad del planeta, sino también una tremenda soledad e infelicidad humana, porque el individualismo y la competencia terminan por ser una fábrica imparable de soledad y de vacío.

Frente a este modo de ser y estar en el mundo, el «modo de ser cuidado» es el mejor antídoto contra la indiferencia y el olvido de la alteridad; el mejor antídoto contra el frágil equilibrio del planeta y de nuestras vulnerables vidas.⁴

Los cuidados: trincheras permanentes de la vida⁵

La investigadora Carolina León define los cuidados como «trincheras permanentes». En un libro con ese mismo nombre, nos urge a desordenar el mundo y a alumbrarlo más allá de los roles asignados y los mandatos de género, a partir de preguntas incómodas que nos desafían a encontrar respuestas alternativas que nos satisfagan a más de la mitad —todavía invisible— de la humanidad, que seguimos siendo las mujeres. Todo ello para poner la vida en el centro y «sacar los cuidados a la plaza pública». Preguntas como las siguientes: ¿quién hace política, teología, economía, filosofía y para qué y para quiénes?, ¿quién cuida?, ¿por qué se ve una cosa y no la otra?, ¿por qué unos sujetos son tan visibles y otros tan poco?, ¿es la política únicamente lo que se ve?, ¿qué sucede con lo que no se muestra?, ¿por qué se siguen manteniendo tan separados los campos léxico de palabras como «revolución», «política», «organización», «activismo», «militancia», frente al de «cuidados», «reproducción», «vida», «afectos», «sostenimiento»? Si la historia todavía está demasiado identificada con las guerras y los relatos de los vencedores y las vanguardias, los cuidados son la retaguardia donde se expone y amalgama el sostenimiento de la vida. Son las «trincheras permanentes» donde se llevan a cabo las tareas que el sistema mantiene invisibles y ocultas, vinculadas a lo cotidiano y a la materialidad, y que nos hacen estar dispuestos y dispuestas al mundo.

Los cuidados comprenden todas aquellas actividades que desarrollamos para atender o apoyar a otras personas de manera tanto física como emocional para sobrevivir cada día. Tienen una di-

mención material directa, pero también emocional y relacional. Cuidar es gestionar y atender cotidianamente la vida y la salud, hacerse cargo del bienestar físico y emocional de los cuerpos, del propio y del de los otros y otras. En este sentido, hay personas que tienen necesidades de cuidados, intensivas y/o especializadas, que a menudo no pueden resolver por sí mismas (niñas, niños, personas en situación de dependencia, etc.). Pero las personas que no tienen dichas necesidades intensivas también precisan de un nivel de cuidado cotidiano (gestión de la salud y bienestar físico y afectivo). Nos referimos a aquellas personas que, en principio, podrían cuidar de sí mismas, aunque no siempre lo hagan (hombres que dependen de que su esposa les lave la ropa, compre y cocine alimentos, etc.; personas que contratan a una empleada del hogar para que realice estas actividades cotidianas...). Los cuidados, por tanto, son una necesidad de todas las personas en todos los momentos del ciclo vital, aunque esa necesidad tenga peculiaridades distintas. Los cuidados atraviesan la vida y abren un debate que en términos filosóficos se refiere a comprender el cuidado como parte de la vida humana o, por el contrario, como excepción de ella. En definitiva, asumir la vulnerabilidad y la dependencia de los cuerpos como elemento constitutivo de la existencia o como entes aislados en sí dentro de un marco de absoluta autonomía e independencia corporal y subjetiva.⁶

Feminizados e invisibilizados

Históricamente, los cuidados se han feminizado y, por eso, invisibilizado y devaluado, tanto si se realizan de manera

voluntaria como si se profesionalizan. El caso más paradigmático es el de las trabajadoras del hogar, excluidas del Estatuto de los trabajadores y de la plena integración en la Seguridad Social, hecho que las organizaciones de trabajadoras del hogar vienen reivindicando desde hace décadas. Sin cuidados no hay vida, pero la vida de muchísimas mujeres es insostenible por su falta de reconocimiento y de derechos. Otro dato que resulta enormemente ejemplificador es que en España el 82% de las personas que cuidan a personas dependientes son mujeres. Al mismo tiempo, las mujeres duplican a los hombres en el tiempo dedicado a las tareas domésticas (26,5 horas más a la semana) tengan hijos o no, y tanto si trabajan en casa como fuera de ella. Sin cuidados no hay vida, pero paradójicamente «cuidar no llena un currículum», no otorga prestigio. En nuestro mundo, lo político sigue la lógica de la aparición y la materialidad de la vida permanece escondida.

La necesidad de radicalizar y revolucionar los cuidados

El ecofeminismo y la economía feminista han sacado los cuidados del espacio de lo íntimo para ubicarlos en la plaza pública, urgiéndonos a revolucionarlos y a pasar de la ciudadanía a la «ciudadanía»; es decir, un sistema de relaciones y reorganización social que pone en el centro la sostenibilidad de la vida y el cuidado como una categoría relacional y política sin la cual la vida no es posible. Pero, ¿qué entendemos por «sostenibilidad de la vida» desde la economía feminista? Nos referimos a «condiciones de posibilidad de vidas que merezcan la pena ser vividas»,⁷ ya que la propia noción hege-

mónica (patriarcal y capitalista) de esta aspiración resulta perversa; perversa porque la vida que se ofrece como ideal escinde vida y naturaleza, porque identifica los valores asociados a la masculinidad con lo propiamente humano e impone un sueño loco de autosuficiencia; perversa porque identifica bienestar con consumo en permanente crecimiento y progreso, porque es una noción de vida no universalizable e irrespetuosa con la diferencia, porque se sustenta en una noción de vida en la que se acepta que «una vidas valgan más que otras» y porque la diversidad sexual y de género se constriñe en aras de garantizar sujetos invisibilizados que asumen la responsabilidad de sostener la vida en un sistema que la ataca.

La reivindicación de la «ciudadanía» supone reconocer el cuidado como esencia de lo humano, desfeminizándolo y redescubriéndolo como un valor universal. Cuidado y ternura constituyen un orden alternativo al de la explotación y la dominación, y están vinculados a la razón y la justicia cordial más que a la razón instrumental, su lógica y su justicia. Desde la creación, las personas somos posibilidad y carencia, vulnerabilidad y potencia, por eso necesitamos del cuidado: para ser, para existir y superar la ley de la entropía, que es la fuerza del desgaste natural de las cosas. Por eso «des-cuidar», «des-cuidarnos» nos embrutece y termina convirtiéndonos en generadores y generadoras de depredación y violencia. Por otro lado, cuidar baja a las personas a su propia fragilidad y nos hace salir de la fantasía capitalista de la suficiencia. Como nos recuerda también el papa Francisco: «El descuido en el empeño de cultivar y mantener una relación adecuada con el vecino, hacia el cual tengo el deber de cuidado y de la custodia, destruye mi re-

lación interior conmigo mismo, con los demás, con Dios y con la tierra. Cuando todas estas relaciones son descuidadas, cuando la justicia ya no habita en la tierra, la Biblia nos dice que la vida está en peligro» (*Laudato si'* 69).

Para ello necesitamos revisar críticamente la concepción de la ciudadanía heredada de Occidente, que parte de un modelo que es blanco, varón, burgués y propietario, y de una división sexual del trabajo y mandatos de género que asigna quien cuida y quien debe ser cuidado. Un mandato de género que ubica los cuidados en los ámbitos privados y los naturaliza como una cuestión de mujeres, que lo hacen todo por amor y que genera subjetividades cómplices difíciles de cuestionar. Es urgente desmontar esta feminización de los cuidados y el imaginario patriarcal y capitalista que lo sostiene: el de un sujeto autónomo, independiente y suficiente que niega su interdependencia, sin *Ubuntu*, como dicen las teologías negras surafricanas, que niega la vulnerabilidad que nos constituye como humanos y nos hace seres con necesidad de recibir cuidados y ofrecerlos.

La «ciudadanía» es una apuesta por la revolución de los cuidados. Una apuesta por el cuidado mutuo, no jerárquico, sin privilegios y que incluye el cuidado de la tierra y la comunidad cósmica. Esta revolución consiste, en términos de Silvia Federici,⁸ en politizar la vulnerabilidad y recolectivizar los procesos de reproducción. Mientras los cuidados se realicen en el terreno de lo privado, estos estarán instalados en el género y en la clase. Por ello es fundamental llevar la lucha de los cuidados fuera de la cocina y el dormitorio, y trasladarla a las calles. Ningún movimiento puede mantenerse si no pone la reproducción de aquellos y aquellas que

en él participan en su eje central. Por eso es urgente «una política pública de cuidados», que asuma la responsabilidad de todas las personas e instituciones en la reproducción y la cooperación colectiva del cuidado de la materialidad y la vulnerabilidad. Si no se hace de ellas un asunto compartido, un asunto público, se seguirán reproduciendo dinámicas sociales en las que terminen siendo las mujeres las que asuman el mayor peso en la provisión del cuidado, no de forma elegida, sino impuesta, o a descargarlo sobre otras mujeres según la jerarquización de raza y clase, como sucede con «las cadenas globales de cuidados». Para que el cuidado no sea un privilegio sino un derecho, es urgente un cambio de conciencia y que el Estado y la sociedad civil no lo dejen en manos del mercado y el máximo beneficio, con las subsiguientes consecuencias de explotación y precarización de las mujeres migradas, que son las que profesionalmente, cual ejército invisible, lo están cargando sobre sus espaldas.

Acuerpar una espiritualidad del cuidado

La Creación es la actividad creativa y cuidadosa de un Dios también madre que nos invita a formar parte de la comunidad cósmica, a ser jardineras y amantes, cocreadoras y amigas de un mundo que nos da la vida y el sustento, y que es el cuerpo de Dios; un Dios que como terca artesana está empeñada en reconstruirlo, en tejerlo de nuevo, con el hilo de oro de la esperanza, la compasión de los corazones y la justicia, y, para ello, cuenta con nuestra complicidad, urgiéndonos al cuidado. Además, el cuidado es una relación amorosa con nosotras mismas, con la realidad

y con cada ser de la creación. Cuando investimos el cuidado de afecto y nos relacionamos desde «la razón cordial» acabamos reconociendo la prioridad del ser sobre el ser útil (*Laudato si'* 69). En cambio, la ausencia y la devaluación del cuidado provoca el crecimiento del número de mujeres y hombres empobrecidos en el mundo, provoca que millones de personas mueran antes de tiempo y que la tierra sea expoliada sistemáticamente poniendo en riesgo el futuro común.

La espiritualidad del cuidado nos ayuda a identificar la íntima relación entre las personas empobrecidas, la mayoría de la cuales son mujeres y niñas, y la explotación del planeta y «la cultura del descarte» —en la que hay vidas que valen más que otras dependiendo del género, del color de la piel, del lugar de nacimiento, del tener o no papeles— y la violación sistemática de los derechos de la tierra. No hay cuidado sin conciencia de interdependencia. Somos, existimos y habitamos como parte de un conjunto vivo amplio del que afectamos y somos afectados y afectadas. La interdependencia deriva de la precariedad de la vida, que solo puede resolverse en común. ¿Cómo gestionar entonces la interdependencia en términos de reciprocidad y no de explotación o desigualdad?

La espiritualidad del «cuidado» es un reto a nuestro modo de ser, estar, hacer y relacionarnos en el mundo, estando atentos y atentas a lo pequeño, lo marginal, lo frágil como lugar donde Dios se nos revela. Pero es sobre todo un reto «desfeminizarlo», porque a las mujeres se nos sigue imponiendo como un mandato de género y no como una elección libre. El cuidado no es un atributo femenino ni un valor propio, específico de las mujeres, sino un valor universal que toda la hu-

manidad debe recuperar, no solo en los ámbitos privados, sino también en los sociales y políticos. La sensibilidad del cuidado en el caso de las mujeres pasa en primer lugar por el autocuidado, por la responsabilidad con una misma, con sus deseos más hondos con el cultivo de los propios talentos (Mt 25,14-30), pues para el sistema patriarcal seguimos siendo la mitad de alguien, seres complementarios y auxiliares, con vidas siempre en función de otros. El cuidado desde una perspectiva liberadora para las mujeres no consiste tanto en «ser personas para los demás», sino en «ser personas con los demás».

La reciprocidad y la mutualidad en las relaciones entre géneros son asignaturas pendientes en nuestras sociedades y en las iglesias. Para recuperarlas, las cristianas y los cristianos tenemos que «volver

a Jesús» también desde esta dimensión. Volver a Sicar (Jn 4) como un lugar cotidiano y de cuidados que se transforma en un lugar «político» por la fractura de fronteras de género, de raza, de religión que acontecen en él «de parte de Jesús» y por la nueva conciencia y empoderamiento que experimenta la mujer samaritana. Pero «Volver a Sicar» significa también recuperar la materialidad de la vida y asumir nuestra propia vulnerabilidad constitutiva como lugar de revelación y encuentro con el Dios que en Jesús se encarna como ternura y cuidado, más allá de toda frontera y división sexual o de género.

Pepa Torres Pérez
Teóloga y activista de Lavapiés
(Madrid). Colabora con
Cristianisme i Justícia

-
1. También denominada «posfeminismo» o «nuevos feminismos».
 2. ALONSO, Marta (2011). *El cuidado, imperativo de la bioética*, Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, p. 35.
 3. BOFF, Leonardo (2002). *El cuidado esencial. Ética de lo humano. Compasión por la tierra*, Madrid: Trotta, p. 75.
 4. COMINS MIGUEL, Irene (2017). *¿Hacia qué modo-de-ser-en el mundo? Por una pedagogía del cuidar*, Documentación Social. (187), Caritas española, p. 147.
 5. LEÓN, Carolina (2017). *Trincheras Permanentes. Intersecciones entre política y cuidados*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
 6. PÉREZ OROZCO, Amaia y LÓPEZ GIL, Silvia (2011). *Desigualdades a flor de piel: Cadenas globales de cuidados*, Madrid: ONU Mujeres, p. 21.
 7. PÉREZ OROZCO, Amaia (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital y vida*, Madrid: Traficantes de sueños, p. 79.
 8. FEDERICI, Silvia (2012). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid: Traficantes de sueños.